

1988: ¿La incertidumbre estratégica?

RAFAEL LUIS BARDAJI,
Director del Grupo de Estudios Estratégicos

HUBO un tiempo en que políticos, militares y expertos daban respuestas claras a las complejas cuestiones de la seguridad y la defensa estableciendo así una metodología de análisis relativamente firme y unas conductas políticas coherentes. Posiblemente una situación global delicada pero nitidamente perfilada, como la "guerra fría", o el mismo hecho de hallarse en los comienzos del desarrollo del aparato teórico que guiaba la estrategia occidental hacia Moscú, hicieron posible una época dorada para las políticas de defensa, y muy especialmente para la norteamericana, ya que se lograron desarrollar con el esfuerzo compartido de destacados pensadores en un clima esencialmente de apoyo y de críticas reducidas. El nacimiento de la Alianza, el desarrollo de la bomba H, la diversificación de los sistemas de la "triada", el despliegue de armas nucleares en Europa y otras cuestiones esenciales, por muy penosas que hayan podido resultar para algunos, fueron aceptadas como las mejores respuestas a una pregunta básica para la seguridad occidental: ¿Cómo defenderse de la Unión Soviética?

En realidad, el consenso establecido desde 1945 en materia de defensa se sustentaba en dos supuestos comúnmente aceptados: Primero, la naturaleza amenazadora de la URSS; en segundo lugar, el papel esencial de la disuasión nuclear en la defensa de occidente. Una percepción común de la amenaza soviética permitía a los aliados occidentales una línea política homogénea: primero la contención, luego el deshielo y más tarde la distensión. La di-

suasión nuclear establecía la relación militar con la URSS —la escalada, de estallar una guerra— así como la vinculación de los EE.UU. con sus aliados —la garantía del "paraguas americano".

Pues bien, desde hace aproximadamente una década todos estos supuestos y sus implicaciones parecen haberse resquebrajado de tal forma que hoy en día es casi imposible llevar adelante una política coherente cara a la URSS por no decir de una política nuclear. Es más, desde finales de los 70, la irrupción de la opinión pública en los temas de defensa se ha venido a sumar a las divergencias de los especialistas, profundizando la falta de acuerdo, dificultando algunas decisiones y, sobre todo, aumentando el desconcierto de todos.

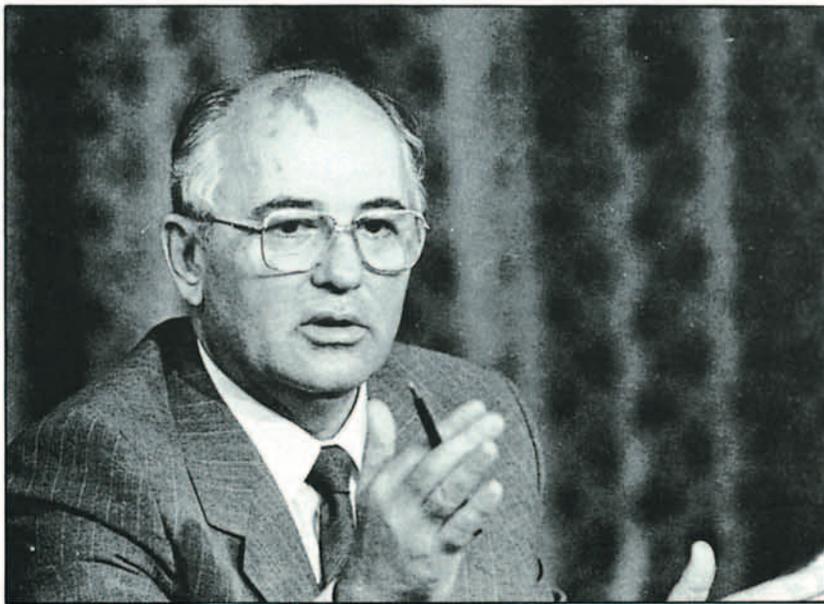
El miedo a la defensa

En efecto, el primer eslabón de la "popularización" de los problemas defensivos vendría de la mano de la polémica introducción en Europa de la bomba de radiación intensiva, más conocida como "bomba de neutrones". Polémica que se hizo sentir, especialmente, en la RFA a partir de 1978. Los movimientos pacifistas supieron sacarle partido a las paradojas de la disuasión nuclear esquemmatizando muchos de sus puntos y, esencialmente, avivando los lógicos temores de una población que ve con horror la posibilidad de un holocausto nuclear. Explotando la imagen de que la seguridad nuclear es una falsa seguridad ya que conlleva la destrucción de la Humanidad y argumentando como si no hubiera más que dos opciones (la

resistencia pasiva o la guerra nuclear total) los grupos "por la paz" alimentaron los sentimientos de la población hasta culminar en 1983 con grandes manifestaciones en contra del despliegue de los euromisiles. Si la defensa estaba mal concebida, mejor no armarse sino desarmarse. Si los medios bélicos no defenderían sino que aniquilarían mejor no usarlos, "mejor rojos que muertos".

La avalancha de descontento popular remitió tras el despliegue inicial de los Pershing II y de los cruceros. Sin embargo un sentimiento de fondo ha perdurado y los gobiernos, inmersos en una dinámica política democrática se ven obligados a tomar decisiones que no les enfrenten a sus ciudadanos. Es patente que ningún líder político arriesgaría nuevamente su posición por un nuevo despliegue de armamento nuclear en Europa: la opinión pública se ve como un veto nuclear.

Este fenómeno viene agravado en la actualidad por la hábil política pública llevada a cabo por Gorbachov. La acritud contra la bomba de neutrones —un arma limpia y por tanto capitalista— o contra los euromisiles —el imperialismo americano y el primer golpe— o incluso contra la SDI —la militarización del cosmos— han cedido su lugar a una campaña más activa de defensa de valores positivos. ¿Cómo puede Gorbachov —cariñosamente apodado Gorby— vender tan espectacularmente un producto tan malo y la OTAN, que tiene el mejor de los productos, la garantía de supervivencia, no logra permeabilizar ni siquiera sus propios asegurados? Es un interrogante que se viene



Los intentos reformistas del actual líder del Kremlin, Mijaíl Gorbachov, han transformado de manera radical la imagen y la proyección exterior de la URSS, a pesar de las escasas realizaciones llevadas a cabo.

repitiendo en distintos círculos de Bruselas.

Gorbachov está vendiendo modernidad y transparencia, un aparente bienestar y una desmonolitización de la vida soviética, bellas imágenes, bonitas palabras. La OTAN debe convencer de que las armas y, muy particularmente, las armas nucleares, son el único medio para garantizar la libertad y la paz. Debe vender el mejor de los males posibles. Cuando el contrincante sabe cómo explotar este hecho reina el desconcierto y cunde el pánico.

Como escribía el general Beaufre en su *Introducción a la estrategia*, "en materia psicológica es posible apropiarse de posiciones abstractas, lo mismo que en la guerra militar cabe apoderarse de una posición geográfica que se prohíbe al enemigo." Que la OTAN debe retomar la iniciativa en este combate cuyas posiciones son las palabras está claro, el cómo, no lo es tanto.

La difuminación del enemigo

Quizá uno de los cambios más llamativos en los últimos años sea el cambio de percepción que los aliados han experimentado frente a la URSS de la *perestroika* y del *glasnot*. Los intentos reformistas del actual líder del Kremlin, Mijaíl Gorbachov, han transformado de una manera tan radical la imagen y la proyección exterior de la URSS —a pesar de las escasas realizaciones— que la imagen amenazante del imperio soviético se ha ido perdiendo y

con ella una aproximación occidental a la política para con los países del bloque del Este.

Es cierto que ya entre americanos y europeos se habían venido dando serias divergencias sobre cómo relacionarse con Moscú. Básicamente desde que el mundo pierde la bipolaridad rígida de la guerra fría y se encamina a la distensión. Sin embargo, las acciones de la URSS en el Tercer Mundo desde mediados de los 70 y su cúlmén en la invasión de Afganistán obligarán a los EE.UU. a retomar una posición de firmeza que sostendrá decididamente el presidente Reagan. Serán unos años de ascendente confrontación verbal y de clima de nueva guerra fría. No es seguro que la visión de la amenaza de la URSS fuese homogénea para los países de la OTAN a principios de los 80, pero la voluntad de desplegar los euromisiles como prueba de la cohesión interna aliada conducirá al mismo resultado. Así Andropov será entendido en clave de sibilino jefe de la KGB y Chernenko en su rudeza agonizante. Gorbachov, por contra, se caracterizará por su capacidad de desconcierto permanente. En los primeros meses de su ascensión al poder, la pregunta que solía oírse era ¿será sincero este hombre? y casi todos la hacían con un tono escéptico. A punto de cumplirse el tercer año de Gorbachov, "el Gorby", al frente de la Unión Soviética la cuestión que circula ahora es ¿será capaz de hacerlo? Quienes se preguntan acerca de las posibilidades estructurales de transformación

de una sociedad burocratizada, pasiva, militarizada son los menos.

Es más, la imagen de Gorbachov ha conquistado y ganado tantos corazones en occidente que el debate actual se centra en cuánto hay que ayudar al equipo actualmente en el Kremlin para permitir que la URSS se liberalice a su manera. Políticos conservadores como Strauss en Alemania han dado un giro radical en su posición hacia Gorbachov, a quien ahora apoyan enfervorizadamente. Dar a los soviéticos una oportunidad parece ser el lema.

Lamentablemente no hay pruebas aún de que la URSS que Gorbachov quiere hacer saltar del atraso a las fronteras del siglo XXI vaya a resultar más pacífica en el futuro. Hay incluso quien afirma que una Unión Soviética atrasada ha dado ya tantos quebraderos de cabeza al mundo que hace pensar los que puede dar una URSS modernizada. En ese sentido, de ser verdad cuantas alternativas de desarme se están proponiendo desde Moscú y hay visos de que dicha línea apaciguadora puede instaurarse y mantenerse en el Kremlin aún sin Gorbachov, no cabe duda de que tanto la percepción de los occidentales de la URSS así como su política hacia el este deberían ser sustancialmente revisadas. Lamentablemente, creer en ello es todavía un acto de fe y posiblemente sea mejor sólo cooperar en aquellos aspectos que sean beneficiosos para los aliados y olvidar de momento la caridad internacional.

La batalla de lo nuclear

Junto con una falta de percepción compartida de la amenaza soviética, los aliados occidentales siguen encontrando serias dificultades para dar solución a los dilemas nucleares que han venido sacudiendo a la Alianza en los últimos años: ¿Cuál es el papel de las armas atómicas en la defensa occidental y particularmente en Europa? y ¿Cuáles son los mejores sistemas de armas nucleares a producir y emplazar, si unos que tiendan a restaurar una disuasión tradicional asegurando una represalia espantosa o, por el contrario, sistemas muy precisos capaces de dotar a la OTAN y a los EE.UU. de una política de opciones selectivas?

El sentimiento público que también ha contribuido a este debate, decididamente se encamina a restaurar una situación de disuasión a la clásica: conservar unas armas tan potentes y tan poco precisas que espanten de su empleo y por lo tanto sirvan de freno en los momen-

tos de crisis. Sin embargo, otras escuelas de teóricos piensan que puesto que la URSS se ha dotado de una estrategia y de unas armas para luchar y ganar una guerra nuclear llegado el caso, los aliados deben ser capaces de controlar y dominar en el proceso de la escalada, para lo cual deben ejercer una clase de disuasión "dentro de la guerra" que lleve al enemigo a detener sus acciones agresoras. Para ello, obviamente, se necesitan sistemas flexibles, técnicamente muy adelantados, precisos, de poder destructor muy bajo y de escasos daños colaterales. Los planes de objetivos de blancos americanos parecían decantarse por esta segunda alternativa, pero los medios a disposición no permiten llevar adelante una estrategia parecida.

Por otro lado, la naturaleza en gran parte política de las armas nucleares hacen que estén sujetas en las democracias occidentales a los vaivenes de los cambios políticos y de las diversas opciones internas. Ronald Reagan acaba de sentenciar en Washington firmando el acuerdo de desmantelamiento de los euromisiles la quiebra de la estrategia OTAN de dotarse de medios de represalia de medio-largo alcance: los únicos sistemas verdaderamente disuasores y aptos para reforzar la credibilidad de la "respuesta flexible" y una escalada controlada. Razones políticas de su mandato le han decidido a ello.

Mientras la OTAN se pregunta sobre qué debe hacer con sus armas tácticas, antiguos dirigentes de la Administración abogan públicamente

por que la Alianza abandone su política de "primer uso", otros proponen rebajar los niveles de armas hasta llegar a un nivel en el que sólo se garantice una "disuasión existencial" pero no una capacidad de luchar una guerra nuclear, y hay quien defiende que la OTAN-Europa debe volver a los tiempos de una defensa exclusivamente convencional. ¿qué defensa para la OTAN? requiere de una respuesta meditada y, por encima de todo, cosensuada. La diversidad de criterio en lo sustancial no conduce sino a una falta de solidaridad de hecho y a crecientes divergencias en la práctica, justo todo lo contrario de lo que la Alianza necesita en estos momentos tanto frente a Moscú como cara a la opinión pública.

Éxitos y fracasos del control de armamento

Por último, otro aspecto que ha caracterizado la aproximación aliada a la seguridad, el entendimiento con el este en materia de control de armamento, también se enfrenta a un futuro contradictorio. Por un lado, Ronald Reagan está haciendo lo imposible para que en sus últimos meses se logren firmar sustanciales reducciones de armas. Ya ha acabado con los euromisiles, su próximo objetivo son los misiles intercontinentales. No obstante, la experiencia del tratado INF ha revelado que no siempre la firma de un acuerdo es buena *per se*, que hay acuerdos buenos, malos y pésimos, y que es posible que los EE.UU.,

movidos por razones internas, se comprometan con la URSS en un acuerdo que merma la seguridad de sus aliados.

En unos momentos en que todo parece indicar que nos encaminamos a la reducción del 50% de los efectivos estratégicos cabe preguntarse cuál es el papel de control de armamentos para la seguridad, para garantizar la paz y la estabilidad. La experiencia histórica no es muy brillante: los EE.UU. han legalizado una situación de inferioridad relativa sin obtener mayores seguridades de que un conflicto está hoy más alejado que nunca, o de que si éste se produjese los daños iban a ser limitados. Tampoco se ha garantizado una estabilidad a la baja ni frenar, por ende, los gastos militares. ¿Qué ha perseguido y conseguido el control de armamentos? ¿Qué debería perseguir? Interrogantes controvertidas para las que no hay una respuesta.

Hubo un tiempo en que Whostetter, McNamara, Bundy, Kennan, Schelling, Kissinger y muchos otros ponían los cimientos de la estrategia americana y aliada, acumulando sus esfuerzos para ver finalmente el edificio. La mayoría hoy, es cierto, están muy descontentos y críticos del resultado. Pero ese no es el problema. El verdadero problema es que en un momento de incertidumbre sobre las cuestiones básicas, en una coyuntura estratégica del cambio, no emergen nombres distintos, figuras nuevas que den nuevas respuestas a las viejas cuestiones tal como los fundadores hicieron en su momento. ■

Efemérides aeronáuticas

FEBRERO. El día 22 de este mes de 1926 tuvo lugar un arriesgado salvamento en aguas de la enemiga kabila de Beni Said, en el Rif.

Alcanzado por disparos rifeños mientras bombardeaba concentraciones en el valle del Kebir, un Bristol F2B del 4º Grupo, tripulado por los tenientes Caula y Pérez del Camino, hubo de irse al agua entre Afrau y la desembocadura del Tasaguin, posándose a unos 300 metros de la costa. En un socorro despegó de El Atalayón un Dornier "Wal" pilotado por el teniente Martínez Merino que tomó agua junto a los naufragos y realizó la recogida de éstos, protegido por siete Bristol que, con bombas y ametralladora, batieron la playa y los repliegues del terreno desde donde numerosos moros trataban, con fuego de fusil, de impedir el salvamento. Todos los Bristol fueron alcanzados con numerosos impactos, y uno de ellos, derribado, hubo de tomar agua, siendo asimismo los tripulantes salvados por el "Wal".

LARUS BARBATUS